

Edición N° 3, Enero- Junio, año 2023



Revista Cristiana

NotasBiblicas

“ Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” .
(2 Tim. 3:16-17 RVR60)

Editorial Cristiana Notas Bíblicas
WWW.NOTASBIBLICAS.CL

Publicación de Literatura y Edificación Cristiana

La revista cristiana NOTAS BÍBLICAS tiene como propósito la edificación y la enseñanza Bíblica a todos los santos en Cristo de habla hispana, donde sea que se reúnan, el contenido de la revista se fundamenta completamente en las Sagradas Escrituras, la Biblia.

Se le ruega al lector cotejar todo el contenido de la revista con la Palabra de Dios, así podrá encontrar en mayor medida el disfrute de su lectura, ya que solo las Sagradas Escrituras es la única fuente de toda verdad divina para nuestra enseñanza.

Todas las citas Bíblicas serán extraídas de la versión “Reina-Valera 1960” a excepción de las publicaciones donde se indique a pie del contenido otras versiones de las Sagradas Escrituras citadas y que estarán entre paréntesis [*]

Nº Pág.	ÍNDICE:	CATEGORÍA:
3.	Editorial Cristiana Notas Bíblicas	Introducción a la revista
4.	Génesis	Comentario Bíblico
5-11	El Señor Jesucristo	Expositivo
12	¿Qué sucedió en la cruz cuando Dios abandonó a Jesús, tal como Él dijo?	Preguntas Bíblica
13-14	Vivir para si mismo o para Cristo	Vida Cristiana
15-14	“Viene con las nubes, y todo ojo le verá”	Profecía
23-30	Riquezas inescrutables [*]	Expositivo

[*] Nota: El ítem mencionado será la publicación de un libro capítulo a capítulo en cada edición.

Editorial Cristiana Notas Bíblicas

Presentación de la Revista Cristiana Notas Bíblicas.

Nota del Editor:

Estimado lector, es un agrado presentarles esta revista que lleva por nombre “Revista Cristiana Notas Bíblicas” es por la gracia de Dios, fuente donde surgió el deseo más profundo del corazón, poder hacer circular una revista de literatura y edificación cristiana, con el único fin de que las enseñanzas de las Escrituras puedan ser entregadas a todos los santos en Cristo en el idioma español.

Como se anuncia en la contratapa de esta revista, todo el contenido tiene como base las Sagradas Escrituras, no existe otro libro sobre la tierra en donde podemos conocer a Dios nuestro Padre y todo lo que Él ha hecho por nosotros en su Hijo Jesucristo, si no es solamente por medio de la lectura de Su divino contenido.

Esperamos que con este trabajo puedan sus corazones y mentes ir creciendo en el conocimiento de Dios y del Señor Jesús, de igual forma mediante esta revista encontrará algunos escritos, en fortalecer nuestro caminar en la tierra como creyentes en Cristo.

El estudio de la Biblia y la comunión con Dios, deben ser nuestro motivo preferente en la tierra, la Palabra de Dios es nuestra mayor arma en frente toda adversidad y su cuidadoso estudio será recompensado en gran manera por la eternidad, lectores cristianos que estas líneas sean de meditación y que el Señor pueda suplir lo que hace falta, para su mayor bendición.

Reciban un fraternal saludo en el amor de Dios en Cristo.

Comentario al libro de Génesis

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra."

Génesis 1:1

Génesis significa 'principio.' Trata de la creación y la vida, entregando las semillas de todo lo que es desarrollado después a través de la Biblia entera. Génesis retrata, de manera hermosa, la simplicidad de la vida temprana en la tierra; pero el comienzo del pecado y de la corrupción también se ven allí junto con el aborrecimiento de Dios y el juicio del mal. Génesis simboliza la obra dadora de vida de Dios comenzada en un alma - nuevo nacimiento - con la promesa del fruto por venir.

El libro gira en torno a las vidas de siete destacados patriarcas:

1. En Adán se ven lecciones de vida y muerte. Él es figura de Cristo, porque él fue la cabeza de una raza; pero, en contraste con Cristo, él fue reclamado por la muerte, mientras que Cristo es una Cabeza Viviente.
2. Enoc nos enseña acerca del caminar y del traslado. Él caminó con Dios, y "por fe Enoc fue trasladado," (Hebreos 11:5 - VM), un tipo de los santos que serán arrebatados a la venida del Señor.
3. Noé ilustra las obras y la salvación. Su obra fue una obra de fe, y su salvación fue entrar a un mundo nuevo, un tipo de aquellos creyentes salvados durante la Tribulación para la tierra del milenio.
4. Abraham nos habla de la fe y la separación. Su altar habla de lo primero, su tienda de lo segundo. Él llegó a ser un peregrino por llamamiento de Dios.
5. Isaac muestra los principios de la sumisión y la perseverancia, porque, en general, la suya fue una vida obediente y consecuente.
6. Jacob ilustra la disciplina y la previsión. Los tratos de Dios son vistos en su vida al asegurar el sometimiento de Jacob y llevándole a la adoración mientras se acercaba la muerte.
7. José: sufrimiento y exaltación son los temas de su vida. Un precioso ejemplo para la fe en todas las épocas.

Autor: L.M.G.

El Señor Jesucristo

1.1 - ¿Quién es Cristo?

Esta pregunta (Mateo 16:15) es la más importante que usted pueda formularse jamás. El evangelio de Juan fue escrito para «que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Juan 20:31). Él se hizo hombre (léase más acerca de esto en las respuestas 9 y 18) y vivió en esta tierra un poco más de treinta años. Fue declarado justo por un tribunal romano, pero sin embargo fue crucificado. Después de tres días resucitó y cuarenta días más tarde ascendió a los cielos. Volverá otra vez, primero para tomar para sí a todos los que creyeron en Él a fin de tenerlos consigo para siempre, y luego para juzgar al mundo y establecer su reino con poder.

1.2 - ¿Es Cristo hombre o Dios?

Ambas cosas. Él es «Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2:5) y también es «el verdadero Dios» (1 Juan 5:20), «Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos» (Romanos 9:5).

1.3 - ¿Hay otras referencias bíblicas que demuestren que Cristo es Dios?

¡Sí, muchas! La Biblia no deja lugar a dudas en cuanto a que Cristo es Dios. Por ejemplo, consideremos lo siguiente:

1.3.1 - Su preexistencia

Él estaba presente (incluso lo estaba desde antes) cuando el mundo fue creado: Génesis 1:1, 26 (en este versículo Dios se expresa en plural: «hagamos»), Juan 1:1, Hebreos 1:2. Y, en los tiempos del Antiguo Testamento, aparece como el «ángel de Jehová» (léase Génesis 22:11-12; Éxodo 3:2-6; Jueces 5:23; 13:3-21; el Ángel de Jehová en el Antiguo Testamento es Jesucristo antes de su encarnación).

1.3.2 - Sus atributos

Es eterno: Isaías 9:6; Miqueas 5:2; Juan 8:58, etc.

Es inmutable: Malaquías 3:6; Salmo 102:25-27; Hebreos 1:10-12.

Es omnipotente (todopoderoso): Apocalipsis 1:8; Filipenses 3:21.

Es omnisciente (conoce todas las cosas): Juan 2:25; 6:64; 21:17, etc.

Es omnipresente (está en todas partes): Efesios 1:23; Mateo 28:20, etc.

1.3.3 - Otras pruebas

Creó todas las cosas: Juan 1:3, 10; Colosenses 1:16; Hebreos 1:2.

Preserva y sustenta todas las cosas: Hebreos 1:3; Colosenses 1:17.

Demostró su divino poder efectuando diversos milagros, dando a otros el poder de hacer milagros (Mateo 10:1), y también por medio de milagros realizados por otras personas en Su nombre: Hechos 4:10.

Perdona pecados: Lucas 5:24; Colosenses 3:13.

Tenía el poder para poner su vida y para volverla a tomar: Juan 10:17-18 y 19:30.

Resucitó de entre los muertos, y resucitará a los muertos: Juan 5:28-29; 11:25.

Da recompensas a los creyentes: 2 Corintios 5:10.

Recibe (y acepta) la adoración: Juan 5:23; 9:38; Lucas 24:52.

Juzgará al mundo: Juan 5:22; Hechos 17:31; Apocalipsis 20:12.

Jehová del Antiguo Testamento equivale en el Nuevo Testamento a Jesús. Jehová es el «primero y el último» (Isaías 41:4; 44:6; 48:12) y también lo es el Señor Jesús (Apocalipsis 1:17; 2:8; 22:13). Juan identifica a Cristo con Jehová (compárese Juan 12:40-41 con Isaías 6:1-5).

1.4 - ¿Cómo puede ser que Cristo sea Dios y al mismo tiempo el Hijo de Dios?

Las Personas de la divinidad son tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cada una de ellas es Dios.

En lo que respecta al Hijo, véase las respuestas 2 y 3.

En cuanto al Padre, hay muchas referencias bíblicas que lo mencionan como el Dios y Padre (por ejemplo, Efesios 1:3).

El Espíritu Santo es eterno (Hebreos 9:14), omnipresente (Salmo 139:7) y coigual – que está al mismo nivel– con el Padre y con el Hijo (compárese con Mateo 28:19; 2 Corintios 13:14; Apocalipsis 1:4). Pero aun así, no hay muchos dioses, sino que «hay un solo Dios» (1 Timoteo 2:5). Léase también 1 Corintios 8:4 y Gálatas 3:20.

1.5 - ¿Qué significa el término «Trinidad»?

Esencialmente lo que acabamos de decir en la respuesta 4: en la Deidad hay tres Personas, pero, aun así, Dios es uno. No podemos comprender la Trinidad. Esta verdad no le es dada a la razón humana para ser sometida a análisis –Dios es infinitamente superior al hombre–, sino a la fe para adorar a Dios. En la Biblia no encontramos la palabra «Trinidad»; no obstante, ¡es una verdad expresada en la Biblia! (Efesios 4:4-6; 1 Corintios 12:4-6).

1.6 - ¿Creen los cristianos en más de un Dios?

No. Esta acusación muchas veces proviene de la ignorancia. El cristianismo es estrictamente monoteísta, es decir, está basado en la fe en un solo Dios (véase la respuesta 4).

1.7 - ¿Existen diferentes rangos en la Deidad?

No. Si alguien se refiere al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como primera, segunda y tercera persona de la deidad respectivamente, no es para establecer diferentes jerarquías, sino simplemente como una cuestión de enumeración. Tal vez sea conveniente evitar tal manera de expresarse para que no vayan a malinterpretarnos.

1.8 - ¿Existen relaciones entre las personas de la Deidad?

Sí. Cristo es el Hijo del Padre. Esta relación existió desde siempre, desde los tiempos pasados, desde la eternidad. Él ya era Hijo cuando Dios lo envió (Juan 3:16; Isaías 9:6); ya era Hijo cuando el mundo fue creado (Hebreos 1:2), y el Padre amaba al Hijo desde antes de la fundación del mundo (Juan 17:24).

1.9 - ¿Por qué es tan grave negar que el Señor Jesús es el Hijo eterno?

Porque si esta verdad es negada, todo está perdido. La característica esencial del cristianismo es que su Dios es un Dios de amor. Pero, ¿cómo sabemos que Dios es un Dios de amor? Pues porque nos ha dado a su Hijo, a su único Hijo (léase Juan 3:16, 1 Juan 4:9-10, 14; compárese con Génesis 22:2 y con Marcos 12:6). Si alguien niega que Cristo era Hijo de Dios antes de su nacimiento, entonces está diciendo que Dios envió únicamente a una persona, pero no a su único Hijo. Además, Dios se ha revelado en su Hijo. El Hijo reveló al Padre. Si Él no era Hijo antes de venir, entonces nosotros no habríamos conocido al Padre (Juan 1:18; 14:9-11).

1.10 - Cristo es Dios y hombre al mismo tiempo. ¿Puede alguien comprender esto?

No, nadie lo puede comprender. Dios es demasiado grande, y nuestras limitadas mentes no pueden por sí solas comprender Su esencia. Sin embargo, sí podemos creer en estas verdades. «El Verbo era Dios» (Juan 1:1. En este pasaje Juan se refiere al Señor como el Verbo) y «aquel Verbo fue hecho carne» (es decir, se hizo hombre: Juan 1:14). Léase también Mateo 11:27: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre».

1.11 - ¿Por qué es tan importante que Cristo haya sido y sea Dios y hombre a la vez?

Primeramente, porque de lo contrario Cristo no hubiera podido cumplir la obra de la redención. Él tuvo que venir a ser hombre a fin de ser capaz de morir. Y tenía que ser Dios para cumplir la obra de redención con poder divino: «Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo (Hebreos 1:3; compárese con Colosenses 1:20). Además, debía ser Dios y hombre a la vez a fin de poder ser el mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:5). Un mediador es alguien que puede poner sus manos sobre los hombros de las personas entre las que está mediando (véase, a manera de ilustración, Job 9:33).

Notemos que es muy importante porque concierne a la persona de Cristo. Si un maestro viene a nosotros, y no trae «la doctrina de Cristo», debemos rechazarlo (2 Juan 9-11).

1.12 - ¿En qué momento Cristo se hizo hombre?

Cuando nació en Belén, hace aproximadamente 2000 años (compárese con Miqueas 5:2; Lucas 2:4-7). Este punto en el tiempo es denominado por Dios mismo como la «plenitud del tiempo» (Gálatas 4:4, V.M.). El hombre había sido probado de diferentes maneras, y siempre había fracasado por completo. Entonces Dios envió a su Hijo y habló por medio de Él –o en Él–, es decir, en la persona del Hijo (Hebreos 1:1-2).

1.13 - ¿Dejó el Señor de ser Dios cuando se hizo hombre?

No. Siempre fue, es y será Dios. Esta es una verdad incontrovertible. Dios es eterno y no puede dejar de ser Dios (Colosenses 1:19 y 2:9).

1.14 - ¿Dejará Cristo alguna vez de ser hombre?

No. Resucitó de entre los muertos (1 Corintios 15) y ascendió a los cielos donde ahora está como Hombre glorificado. Esto es sumamente importante, porque él es ahora nuestro Sumo Sacerdote; no uno que no sabe cómo compadecerse de nosotros, sino uno que fue y que es hombre, y que sabe lo que es ser probado y tentado como nosotros en este mundo –excepto que él no tuvo ni tiene una naturaleza pecaminosa–. Cuando Cristo aparezca con poder (compárese con las preguntas 14 y 15 del capítulo 4)[1], seguirá siendo el Hijo del Hombre (Mateo 24:30; 26:64).

1.15 - ¿Tenía Cristo alma, espíritu y cuerpo humanos?

Sí. Era un verdadero hombre, y el hombre está compuesto de espíritu, alma y cuerpo (1 Tesalonicenses 5:23).

En cuanto al cuerpo del Señor, está escrito: «Me preparaste cuerpo» (Hebreos 10:5), lo cual también nos habla de la plenitud de la Deidad que habita en él corporalmente (Colosenses 2:9). Además, los evangelios refieren hechos que solamente el Señor pudo experimentar por el hecho de tener un cuerpo absolutamente humano. Léase Juan 4:6.

En relación con su espíritu, leemos: «Se estremeció en espíritu y se conmovió» (Juan 11:33). Seguramente, no se refiere al Espíritu Santo, sino al espíritu humano del Señor.

Hallamos una mención de su alma en Juan 12:27: «Ahora está turbada mi alma».

¡Qué hermoso es contemplar por medio de estas bellas expresiones la perfecta humanidad del Señor!

1.16 - ¿Fue Cristo un hombre como nosotros?

Sí, excepto el pecado. Todos los descendientes de Adán (todos los hombres, mujeres y niños vivos en este momento) tienen una naturaleza pecaminosa (Romanos 5). Pero el Señor Jesús no tenía tal naturaleza pecaminosa. Fue «tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15). Observemos con atención lo siguiente:

Cristo no cometió ninguna acción pecaminosa: «El cual no hizo pecado» (1 Pedro 2:22).

No conoció pecado: «Al que no conoció pecado» (2 Corintios 5:21).

En él no había pecado (es decir, una naturaleza pecaminosa); por lo tanto, no podía pecar (1 Juan 3:5, compárese con v. 9).

1.17 - Si Cristo no podía pecar, ¿cómo entonces podía ser tentado?

Los evangelios nos enseñan que Cristo fue tentado por el diablo (Marcos 1:13). Esto significa que Satanás le presentaba tentaciones, pero que en él no había nada que quisiera responder a ellas. En esto él se distinguía de todos. Todos nosotros tenemos la inclinación a responder a las tentaciones de Satanás, a los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida (1 Juan 2:16), porque tenemos la carne, la naturaleza pecaminosa, lo cual no sucedía con Cristo. Él debía ser tentado, pero no para probar si podía pecar, sino para demostrar que no podía hacerlo.

1.18 - ¿Fue José su padre biológico?

No. Cristo no tuvo un padre humano. El arcángel Gabriel le había dicho a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1:35). Un detalle muy interesante: el hombre que escribió este evangelio fue un médico (Colosenses 4:14).

Lo relatado en el evangelio de Mateo confirma todo esto. Cuando José se enteró de que María esperaba un niño, quiso dejarla secretamente. Pero un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo que no lo hiciera, que no tuviera temor, porque «lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es» (1:20). ¿Quién podría decirlo de una manera más clara?

Toda duda desaparece cuando leemos que José «no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús» (1:25; 1:19).

1.19 - ¿Fue María su madre biológica?

Sí. La primera profecía acerca del Señor se refiere a él como «la simiente de la mujer» (Génesis 3:15). Pablo afirmaba que uno de los privilegios de los israelitas era que de ellos «son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo» (Romanos 9:5). Además, leemos en Juan 7:42: «¿No dice la Escritura que del linaje de David... ha de venir el Cristo»? Otra afirmación importante es la de Romanos 1:3, donde dice que Cristo «era del linaje de David según la carne». Léase también 2 Timoteo 2:8.

1.20 - ¿Tiene María un lugar especial? Y si es así, ¿cuál es?

Sí, claro que María tiene un lugar especial. Gabriel le había dicho: «Bendita tú entre las mujeres» (Lucas 1:28), y Elisabet, poco tiempo después, llena del Espíritu Santo, le repite las mismas palabras (v. 42). Verdaderamente era un inmenso privilegio ser la madre natural de Jesucristo hombre.

Sin embargo, los magos habían venido del oriente a Jerusalén porque habían visto algo, según nos relata Mateo 2: «Su estrella (no la estrella de su madre) hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle (no a adorar a su madre)» (v. 2). Habían sido guiados por la estrella que «iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño (no donde estaba su madre)» (v. 9). De manera muy particular, entonces dijeron que «vieron al niño con su madre María (no a la madre con el niño), y postrándose, lo adoraron (no la adoraron)» (v. 11). Léase también lo que el Señor le expresa a María en Juan 2:4 y Sus palabras en cuanto a su relación con ella en Marcos 3:31-35.

Aquellos que tienen un concepto excesivamente alto de María, harían bien en escuchar su propia advertencia: «Haced todo lo que (Jesús) os dijere» (Juan 2:5). Las palabras que el Señor le dijo a Juan, «He ahí tu madre» (Juan 19:27) y el hecho de que, a partir de esta hora, Juan la recibiera en su casa, muestra que María no tenía poderes sobrenaturales, sino que necesitaba que alguien cuidara de ella. María no habría llamado a Dios «mi Salvador» (Lucas 1:47), si hubiera nacido sin pecado y hubiera sido la madre de Dios, como algunos pretenden. Cuando una mujer le dijo al Señor que su madre era «bendita» (“Bienaventurado el vientre que te trajo...”), él le respondió: «Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios...» (Lucas 11:27-28). Finalmente, en Hechos 1:14, María es mencionada como una de las mujeres que perseveraban junto a los discípulos en oración. No se le atribuye aquí ningún papel en especial.

En resumen: María ocupó un lugar muy especial, pero un lugar de privilegio, no de autoridad o poder. Elevar oraciones a María es simplemente idolatría. La adoración solo pertenece a Dios.

Autor: M.H.

¿Qué sucedió en la cruz cuando Dios abandonó a Jesús, tal como Él dijo?

Pregunta: ¿Qué sucedió en la cruz cuando Dios abandonó a Jesús, tal como Él dijo? ¿Fue lo divino retirado enteramente, dejando sólo lo humano, o si no fue así, qué sucedió?

Respuesta: La unión de lo divino y lo humano en la Persona de Cristo fue indisoluble desde el momento de la encarnación. Fue un error característico de los Gnósticos imaginar una separación cuando Él estaba a punto de padecer de manera expiatoria y morir. Y el error es fatal para la eficacia divina de la expiación, así como también en cuanto a la gloria perpetua de Su Persona. Él había sido uno que padeció de parte del hombre todos Sus días en la tierra, y estos padecimientos se intensificaron cuando Él colgaba en la cruz: ¡de qué manera los perros y los toros de Basán, tal como lo expresa el Salmo 22, desahogaron su rencor desvergonzado y su rabia desenfrenada en aquel entonces! Pero el Salmo comienza con el hecho nuevo y solemne de que Dios Le desamparó - Le desamparó cuando el hombre fracasó, desamparándole aun Sus discípulos y huyendo ellos, cuando Él necesitaba más que todo compasión. Pero no: Él debía beber la copa hasta las heces, debía ser hecho pecado, y llevar nuestros pecados en Su cuerpo en el madero, debía tener a Dios, Su Dios, tratando con Él, como entregándose así Él mismo a Dios como un sacrificio por el pecado, donde todo fue tinieblas y donde ni un rayo de amable luz pudo entrar. Hasta entonces, Él había andado en el disfrute sereno del amor de Su Padre; pero entonces Él debe experimentar, tal como Él lo hizo hasta lo sumo, lo que Dios siente y debe ejecutar como el Juez del pecado, y (en Su caso) de todos los pecados que fueron colocados sobre Su cabeza santa. Esta fue la perfección de Su padecimiento, no meramente de parte del hombre para justicia y amor, sino lo que fue peculiar a Él, y peculiar a aquel tiempo de expiación, padecimiento de parte de Dios por el pecado debido a que Él fue fiel al hombre y vino a salvar a pecadores. Solamente así pudo Dios ser glorificado acerca del pecado; solamente así pudo el injusto ser justificado para gloria de Dios y para la demostración plena de la gracia divina también, como estableciendo el terreno para la justicia de Dios en Cristo. El insondable amor a Dios y al hombre jamás fue tan demostrado en Él como cuando cargó así nuestro juicio a manos de Dios en la cruz; pero por esa razón misma este no podía ser un tiempo para que Cristo disfrutara de la comunión de Su amor y deleite como siempre antes y siempre después. Este fue el cambio necesario en aquel entonces.

Autor: W.K.

Vivir para sí mismo o para Cristo

(Leer 2 Cor 5:14-16)

La lectura de estos versículos nos sugiere pensamientos muy simples, pero a la vez de mucho peso para nuestra vida, y nos conduce a formularnos una importante pregunta: ¿Para quién vivimos? El versículo 15 del capítulo citado, dice: “Y por todos murió, para que los que viven (es decir, los creyentes), ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” Todos estaban muertos, tanto los creyentes como los incrédulos; frente a Dios, todos los hombres estaban arruinados y perdidos. La muerte de Cristo por todos, prueba que, ante Dios, todos estaban perdidos y sin vida. Fue necesario que el Hijo de Dios, quien es la vida eterna, hallase el sufrimiento y la muerte como única parte suya en este mundo.

De manera irreparable, todo estaba muerto, y Su muerte era la única puerta que podía abrirse para librarnos de la muerte. “Por todos murió.” El texto no dice: «Para que todos vivan», aunque ciertamente en Cristo se halla abundante vida, vida eterna para todas las almas; pero él no fue recibido, nadie lo deseaba. En consecuencia, obró la gracia y muchos, aunque no todos, lo recibieron. Por eso el texto añade: “Para que los que viven”, es decir, aquellos que creen en Él y por ello tienen la vida, “ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.”

Día tras día, en todas nuestras circunstancias, se nos presenta la pregunta: ¿Vivimos para nosotros mismos o para Aquel que murió y resucitó por nosotros? ¿No tenemos que reconocer, con humillación, que es preciso juzgarnos constantemente al respecto? ¿Cuántas veces —por no decir casi siempre— el primer impulso de nuestro corazón nos lleva a considerar las cosas según nuestro agrado o nuestras conveniencias, o aun de acuerdo con la importancia que nos atribuimos? ¿Qué significa eso, sino vivir para nosotros mismos?

Cuando se nos presenta alguna inquietud, cuando nos enfrentamos a un mal, a una pérdida que queremos evitar o a una ganancia que deseamos obtener, ¿no experimentamos que nuestra tendencia es pensar en el efecto que tales cosas ejercerán sobre nosotros, e intentar dirigir las circunstancias hacia uno u otro lado para poder ganar una ventaja y obtener tal ganancia? No digo que siempre lo intentemos con el fin de sentir una satisfacción personal, sino que podríamos hacerlo pensando en nuestra familia, en el futuro de nuestros hijos, etc. Por cierto que Dios no quiere que descuidemos el bienestar de aquellos que nos son amados y que dependen de nosotros; pero el asunto es saber si confiamos en nosotros mismos o en Cristo. ¿Somos jueces idóneos para saber qué es lo mejor para nuestros hijos? ¿Somos lo suficientemente sabios para decidir sin prejuicios lo que servirá, no para obtener un beneficio pasajero, sino para disfrutar del bien que permanece para siempre?

Los creyentes tenemos dos naturalezas: una que siempre procura agradarse o exaltarse a sí misma, y otra que, por la gracia de Dios, está dispuesta a sufrir por Cristo y se apega a lo que le pertenece a Él. Pero, tal como el apóstol dice en otra parte, “lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual” (1.^a Corintios 15:46). Esto es precisamente lo que experimentamos en la práctica. El primer pensamiento que surge frente a la prueba y la dificultad es el que proviene del hombre natural, quien se expresa así: «¿Cómo saldré de esto?» La vieja naturaleza nunca dirá: «¿Cómo podré glorificar a Dios y hacer que esta circunstancia redunde en gloria para Cristo?» Incluso si vislumbramos alguna perspectiva que nos permita mejorar nuestras circunstancias, lo primero que aparece es el pensamiento del hombre natural. ¿No deberíamos mantenernos en guardia frente a esto? ¿No deberíamos recordar que siempre nos acecha este gran peligro?

Todos nosotros somos probados de muy diferente manera; lo que significa una satisfacción para uno, puede no serlo para otro. Pero existe un peligro que es igual para todos: tenemos una vieja naturaleza que se ama a sí misma, que procura satisfacerse y, por lo tanto, tenemos la tendencia de ceder a los deseos de tal naturaleza, según el primer pensamiento que brota del corazón. Pero permitamos que únicamente Cristo sea el objeto de nuestras almas. Cuando se presente alguna dificultad o algún placer dañino que nos atrae, pensemos detenidamente en Él. ¿Cuál será el resultado de esta actitud? Desaparecerá todo lo que proviene de nuestro hombre natural, pues lo habremos juzgado. Entonces estaremos en condiciones de decir: «Esto no glorifica a Cristo.» Y, ¿para qué estamos en este mundo sino para glorificar al Señor?

Recordemos que Dios ha obrado en todo a fin de hacernos aptos para estar en su presencia: “Nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Colosenses 1:12). Éste es un hecho inalterable. Pero, conociendo la perfecta bondad manifestada por nuestro Dios y Padre, la cuestión práctica que se plantea a nuestra alma es saber si nuestro corazón permanece aferrado al gran hecho de que Él coloca a Cristo, muerto y resucitado, ante nosotros, a fin de que ante los ángeles así como ante los hombres, y en Su propia presencia, se vea un maravilloso espectáculo: el que ofrecen aquellos seres que antes vivían sólo para sí mismos, pero que ahora son elevados por encima de toda circunstancia mediante la persona de Cristo colocado ante sus corazones.

Que este gran hecho mantenga todo su valor en nosotros, cualesquiera que sean las circunstancias que atravesemos día tras día. Esto reviste inmensa importancia en el andar de cada creyente. Hay otras grandes cosas que tienen relación con la Iglesia y que son grandiosas porque están edificadas sobre Cristo, quien debe ser el objeto de cada individuo que compone la Iglesia. No nos engañemos a nosotros mismos, ningún formalismo puede corregir las faltas que provienen del corazón natural ¡No dejemos de sondearnos para ver si vivimos para nosotros mismos o para Aquel que murió y resucitó por nosotros!

Autor: H.W.J.

“Viene con las nubes, y todo ojo le verá”

Las dos etapas de la venida del Señor

“Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén” (Apocalipsis 1:5-7).

El testimonio del creyente

Después de la salutación del versículo 4 del capítulo uno del Apocalipsis (“Gracia y paz a vosotros...”), tenemos una interrupción: se trata de la voz de los santos celestiales que irrumpen en acentos de alabanza (v. 5 y 6).

Ahora, en el versículo 7, hallamos estas solemnes y benditas palabras: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.” Ésta no es una parte del cántico, sino un testimonio completamente diferente de él. Y a menudo encontramos estas dos cosas: aquello que forma la comunión de un santo de Dios, y luego aquello que es o que debiera ser su testimonio.

La comunión de unos con otros constituye un elemento muy importante de felicidad cristiana. Pero es la presentación de Cristo y el conocimiento de Él y de nuestra porción en Él lo que produce el sentimiento de comunión y mueve a la adoración. Además de esto, el creyente es instruido por Dios acerca de lo que va a acontecer al mundo. Y ésta es una parte de nuestro testimonio, pero no el tema con el cual el corazón debería estar plenamente ocupado. Con una persona que meramente se detiene en la profecía, uno puede hallar temas interesantes y solemnes, pero no mucha comunión de corazón. Porque, por más cierto que sea su juicio de los acontecimientos por venir, por más sana que sea su expectación del futuro, la gracia de Cristo solamente conduce a la comunión. Sería un completo error menospreciar las profecías, y aquel que lo hiciere, caerá seguramente en una u otra trampa. Pero si el cristiano está siempre ocupado con los detalles de la profecía, nunca habrá poder para la adoración celestial; ni tampoco esto necesariamente libera a un hombre de los caminos del mundo. Un hombre puede tener impresiones bastante correctas acerca de los judíos, de los juicios sobre Babilonia y sobre la bestia, etc., y puede no obstante no andar en separación del mundo. Pero cuando el corazón está puesto en Cristo, y estas cosas predichas se introducen como una suerte de trasfondo, entonces todas ellas hallan su propio

nivel. El Espíritu Santo nos conduce a toda verdad, glorificando a Cristo, y mostrándonos también “las cosas que habrán de venir” (Juan 16:13).

La esperanza y la profecía

En 2.^a Pedro 1:19 se dice, hablando de la palabra profética, “a la cual hacéis bien en estar atentos”. Es importante que veamos lo que está por venir, y que no nos entreguemos a una senda fácil aquí abajo. Saber que el Señor viene a juzgar el mundo habitado nunca debiera ser un consuelo para aquellos que nadan a lo largo de su corriente. Pero hay algo más que bien puede ser las delicias del alma: el día que esclarece y el lucero de la mañana que sale en el corazón. Pedro no habla aquí del día que llega para el mundo, sino que afirma que la palabra profética es una admirable lámpara hasta que tengamos la luz celestial y el lucero del alba surja en nuestros corazones. Es el corazón que despierta a esperanzas mejores que las de Israel, y de Cristo mismo que viene por nosotros como la porción que le es propia. ¿Cuántos hay hoy, como entonces, y naturalmente sobre todo entre cristianos judíos, que no se elevan sobre una esperanza, formada por las profecías del Antiguo Testamento, que es verdadera e importante, pero que no es la esperanza celestial que nos es dada a nosotros? Nunca presenta esto la Escritura como un mero evento profético. La forma que asume nuestra bendita esperanza es Cristo esperado y conocido como Aquel que puede venir en cualquier momento para reunirnos junto consigo mismo. El apóstol Pablo es quien, además de presentar plenamente la aparición y el reino, saca a luz especialmente la esperanza de la Iglesia. Juan también contempla a Cristo como el Esposo, como lo que es para el corazón, cuando concluye el testimonio general del Apocalipsis o Revelación en cuanto a Sus caminos judiciales y a Su gobierno.

Viene con las nubes

Cuando el Señor viene a recibirnos a nosotros, no se dice que viene “con las nubes”. Cuando él ascendió, le recibió una nube. Así también ocurrirá con nosotros: seremos arrebatados juntos en las nubes al encuentro del Señor. Pero en Apocalipsis 1:7, él es manifestado para juicio del mundo, y especialmente de los judíos. “He aquí que viene con las nubes.” Ésta es una revelación conocida por y de la que dan testimonio los santos celestiales, quienes no pueden sino amar Su aparición como aquello que romperá el yugo del mal por el mundo, y asegurará la gloria y la bendición de Dios a toda la creación aquí abajo. Pero no es el propio gozo peculiar de ellos en comunión. “Sí, amén”

Nuestra inseparable asociación con Cristo

En la epístola a los Colosenses la asociación de los santos con Cristo es plenamente traída a luz en los capítulos 2 y 3. Él es mi vida, y yo estoy identificado con él. De esta manera, así como Cristo mi Salvador es muerto al mundo, así también con él yo he muerto al mundo. De ahí que no sólo está mi tesoro allí, sino que la misma religión del mundo es juzgada, por cuanto Cristo fue echado fuera por la religión del mundo. Y cuando él, nuestra vida, se manifieste, entonces nosotros también seremos manifestados con él en gloria (Colosenses 3:4). Así también aquí, cuando él venga con las nubes, todo ojo le verá. Pero no ocurrirá lo mismo cuando él venga para reunir a los suyos hacia sí y llevarlos arriba (2.^a Tesalonicenses 2:1). Dios está reuniendo a los amigos de Cristo alrededor del nombre de Cristo ahora. La iglesia es un cuerpo que es llamado mientras Cristo no es visto, y el cristiano, quien tiene su porción en él ahora, está escondido con él. “Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3).

Nuestra aparición con Cristo

Luego somos arrebatados para encontrarnos con él. Después de eso, Dios nos trae con él en Su revelación del cielo. Y ahora no se trata de testigos escogidos, sino que “todo ojo” le verá entonces, y especialmente los judíos, que se caracterizaron por haberle traspasado (compárese Zacarías 12:10 con Juan 19:37), y “todas las tribus de la tierra se lamentarán a causa de él”. Las palabras tienen el sentido igualmente de «la tierra»; en cuyo caso la cláusula introduciría no sólo a los judíos, sino al entero δωδεκαφυλον, es decir, de las doce tribus de nacionalidad de Israel. Que el lector juzgue lo que mejor satisfaga el contexto, así como la enumeración del versículo. No es ciertamente las doce tribus en aquellos que le traspasaron, sino de Israel distinguido del más directo culpable de Judá, al menos que sea todavía más extenso.

En este versículo 7, pues, no se trata del Señor que viene a encontrar a los suyos y a reunirlos consigo en el aire; sino de que “todo ojo le verá... y todas las tribus de la tierra se lamentarán a causa de él”. Cuando el Señor viene a trasladar a la iglesia, será un evento totalmente distinto. Dios nos ha unido ya desde ahora por el Espíritu a Cristo en el cielo conforme a toda la eficacia de Su muerte y resurrección. En lo que respecta al espíritu, esto es cierto ahora, y será cierto del cuerpo mismo cuando Cristo venga. La resurrección de Cristo me llama a vivir enteramente para Dios, como la muerte de Cristo me hace tan ciertamente muerto en principio al mundo como si ya estuviese sepultado. En la práctica, lamentablemente, debemos reconocer tristemente nuestras faltas. Sin embargo, el apóstol afirma: “vuestra vida está escondida con Cristo...”. Hemos recibido nada menos que la vida de Cristo. En tanto que Cristo permanezca escondido, nosotros también lo estamos. Pero el

tiempo está cerca cuando esto ya no habrá de ser así. “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también apareceréis con él en gloria” (Colosenses 3:4). Cuando Cristo venga a recibir a la iglesia, ningún ojo le verá sino sólo aquellos por quienes él viene. El momento que el mundo vea a Cristo será cuando él venga en gloria, trayendo a sus santos con él, revelados desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego tomando venganza contra aquellos que no conocen a Dios (los gentiles), y contra los que no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo (los judíos) (2.^a Tesalonicenses 1:7-8). Si el mundo fuese a ver a Cristo viniendo solo en gloria antes que la iglesia sea arrebatada hacia él, la inseparable asociación de la que el apóstol Pablo hizo tanto hincapié a los colosenses, dejaría de ser verdad. Pero la Escritura no puede ser quebrantada. El mundo no puede jamás ver a Cristo viniendo a recibir a los santos, por cuanto entonces ellos deben haberle visto sin ellos y antes que ellos; mientras que el mismo momento de Su aparición ha de ser la época de nuestra aparición con él. Y esto no se apoya meramente en alguna palabra aislada, sino que es la doctrina de todo el pasaje. La misma verdad está expuesta y confirmada por otras pruebas por todo el Nuevo Testamento.

Los dos aspectos de la segunda venida del Señor

Con Cristo, por su muerte, hemos muerto definitivamente al mundo; unidos con él resucitado, nosotros resucitamos, y debemos pues tener nuestros corazones puestos en las cosas celestiales antes que las veamos. Es más, Cristo no siempre ha de estar oculto. Él está por ser manifestado; y cuando lo sea, nosotros también lo seremos junto con él. Es claro, pues, que Cristo y la Iglesia deben de haber estado juntos antes de ser manifestados al mundo, si han de aparecer juntos.

En Apocalipsis 19:11 esto se nos enseña más allá de toda duda: “Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea....Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. El caballo es un emblema del poder agresivo; el caballo blanco, de este poder exitoso o victorioso. Aquí vemos al señor Jesús que viene en juicio, esencialmente el mismo tiempo cuando viene con las nubes. Estos ejércitos que Juan ve en la visión profética, que le siguen desde el cielo, vestidos de lino finísimo, no son ángeles. El texto dice explícitamente que el lino finísimo (del griego: βυσσινον) son “las acciones justas de los santos” (19:8: la misma palabra aparece de nuevo en el v. 14). Ahora bien, ha de observarse que, si bien los ángeles se describen en el capítulo 15:6 como estando “vestidos de lino limpio y resplandeciente”, para ellos se usa una palabra diferente (λίον). De ahí que los santos celestiales son aquellos que en el capítulo 19 se describen como “los ejércitos celestiales”, etc. Ellos estaban, pues, en el cielo antes de que se abriera el paso para que Cristo venga en juicio; estos santos celestiales habían sido arrebatados para encontrar al señor antes; y ahora ellos le siguen desde cielo

cuando él viene. No dudo de que también haya ángeles en su séquito, como se deduce de otros pasajes, pero no se habla de ellos aquí.

Hay, pues, dos importantes y diferentes etapas de la segunda venida del Señor. Primeramente, él vendrá a recibir a los suyos, y la iglesia debiera estar siempre esperando este momento. Y en segundo lugar, él vendrá a juzgar al mundo, una vez que haya llevado arriba a los santos celestiales y la maldad llegue a su colmo. Luego, de repente, los cielos se abrirán, y el Señor Jesucristo vendrá y la iglesia junto con él, apareciendo juntos en las nubes del cielo con poder y gran gloria. ¿Se pregunta cómo sucederá? A Israel no se le dijo cómo habría de ser liberado de Egipto. Jehová los iba a liberar; pero Él no explicó el método antes de que la liberación tuviera lugar. Y el Señor va a tomar a la iglesia al cielo mediante su venida. Además de esto, él juzgará la maldad del mundo; pero entonces la iglesia vendrá junto con él desde el cielo.

Autor: W.K.

(Libro) Riquezas Inescrutables

Cristo nuestro Redentor

Es sólo al considerar cada aspecto en el que Cristo nos es presentado en las Escrituras que podemos ser capacitados en alguna medida a asimilar lo que Él es para y por nosotros, así como la plenitud de la verdad de nuestra salvación. Hemos contemplado a Cristo como nuestro Salvador, y podría parecerles a algunos como si este título incluyera también lo que Él es como nuestro Redentor; pero veremos, al seguir este tema, que somos llevados a nuevos aspectos tanto de Su obra como de nuestra condición.

De hecho, Él en realidad consumó la redención antes que pudiera ser presentado como Salvador; porque Él puede salvar sólo sobre la base de Su obra consumada. Por ello, desde el lado de Dios la redención precede a la salvación; pero aquí estamos hablando más bien del orden en que Cristo es percibido en el alma.

Cosa para destacar, Él nunca recibe este título con estas mismas palabras en el Nuevo Testamento. De Él se dice que nos ha redimido; y se nos dice que tenemos redención en Él, por medio de Su sangre, etc., pero nunca es llamado nuestro Redentor. En cambio, en el Antiguo Testamento este título aparece con frecuencia (véase Job 19:25; Sal 19:14; 78:35; Is 41:14; 43:14; 44:6; 47:4; 49:26, etc.). Pero el hecho de que Cristo nos ha redimido, y que es por ello nuestro Redentor, se encuentra en cada libro de las Escrituras del Nuevo Testamento; y los ancianos en el cielo, al contemplar al Cordero tomando el libro de los consejos de Dios, cantan un nuevo cántico, diciendo: «Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, y lengua, y pueblo, y nación», etc. (Ap. 5:9). Así, en cada dispensación Dios ha sido Redentor; y por ello no hay tema más digno de nuestra meditación.

En las Escrituras hebreas hay dos palabras que se emplean con frecuencia para expresar la verdad de la redención. La primera significa «rescatar», «redimir mediante el pago de un rescate» (gâal), y la otra, «desatar» (pâdâh), y por ello empleada en un sentido muy similar a la primera, aunque su sentido primario sea «desatar». En el Nuevo Testamento tenemos sólo una palabra (lutroô), pero incluye el significado de ambas palabras hebreas, esto es, liberar contra la recepción de un rescate. Así, hay dos conceptos en la palabra «redención», el pago del rescate, y la consiguiente liberación; nuestra puesta en libertad, y el estado al que somos introducidos como resultado de haber sido redimidos.

Así, antes que estemos en una posición de contemplar a Cristo como nuestro Redentor, tenemos que considerar en primer lugar el estado en que nos encontrábamos, que hizo necesaria Su venida con este carácter. No sólo se trata de que fuéramos pecadores. «Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Ro 5:12). Así, fue por el pecado que reinó la muerte sobre todo el mundo. Pero había aun más que esto, por terrible que pueda parecer esta afirmación. Por la caída —el pecado del hombre— Satanás había adquirido derechos sobre el hombre, y retenía el poder de la muerte, blandiéndola, ciertamente, como el justo juicio de Dios (He 2:14). Así, por cuanto todos habían pecado, vino a ser el príncipe del mundo (Jn 12:31; 16:11); el dios de este mundo (2 Co 4:4); manteniendo a todos los hombres cautivos bajo su poder y dominio (Hch 26:18; Col 1:13). Por ello, estábamos en el caso de un cautiverio sin esperanzas, vendidos por nuestro pecado al poder de Satanás, que reinaba sobre nosotros, afligiendo nuestras almas bajo el duro rigor de la esclavitud bajo él. Y éramos tan impotentes como desesperada era nuestra condición; porque habiendo caído por nuestro propio pecado bajo la pena de muerte, y por ello mismo bajo el poder de Satanás, y no teniendo medio alguno de proveer un rescate, nos veíamos encerrados para siempre, a no ser que alguien de fuera, competente para ello y poderoso, interviniera para liberarnos de la cárcel de nuestro cautiverio. Por ello dice San Pablo: «Estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia», etc. (Ef 2:1, 2).

Ésta era nuestra condición. Habíamos dejado de responder a las demandas de Dios sobre nosotros, y por ello habíamos caído en la condenación del pecado; y al mismo tiempo habíamos quedado bajo el poder de Satanás, que reinaba sobre nosotros por medio del poder de la muerte que blandía como juicio de Dios sobre nosotros por causa de nuestros pecados. Y fue entonces, cuando no teníamos derecho alguno ante Dios, sino habiendo incurrido en la justa condenación por nuestros pecados, que Él, conforme a los consejos de Su gracia, siendo rico en misericordia, en Su amor y compasión, nos redimió —y no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni contaminación (1 P 1:18).

Consideraremos ahora de manera más particular el método por medio del cual se logró nuestra redención. Consistió propiamente hablando de dos partes, del precio pagado, y de la liberación efectuada; la satisfacción de las demandas de Dios, y nuestra liberación de manos y del poder de Satanás; y encontraremos estas dos cosas históricamente ilustradas en la redención de Israel.

(1) El precio pagado, o el dinero del rescate. Hablando a los discípulos, nuestro bendito Señor les dijo: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20:28). En otra Escritura leemos que Cristo «se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo» (1 Ti 2:6). Esto es, se dio a Sí mismo a la muerte —correspondiéndose con ello a la otra Escritura citada, «dar su vida». La significación de estas declaraciones será explicada por un pasaje del Antiguo Testamento: «La vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona» (Lv 17:11). Por ello, «sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (He 9:22). Fue por ello la sangre de Cristo (porque la vida está en la sangre) lo que constituyó nuestro dinero de rescate: éste fue el precio pagado por nuestra redención. Por ello San Pablo dice: «En quien tenemos redención por su sangre» (Ef 1:7); y San Pedro, en la Escritura que hemos citado antes, que hemos sido redimidos con la preciosa sangre de Cristo. No podemos asombrarnos de que la llame «preciosa», por cuanto valió para dar satisfacción a todas las demandas de un Dios santo sobre nosotros, para que sobre esta base pudiera proclamar el perdón para todos. Porque, en verdad, no sólo dio satisfacción a las demandas de Dios, sino que tan infinito fue su valor que el Señor Jesús, por el derramamiento de Su sangre, glorificó a Dios en todo lo que Él era —en cada atributo de Su carácter— y así Él puede de manera justa justificar a todo aquel que cree en Jesús. Más aun, Él se glorifica a Sí mismo, al traer a cada creyente a Sí mismo, haciendo de él Su hijo, y si hijo, heredero, heredero de Dios y coheredero con Cristo (Ro 8:17).

Por ello, la sangre de Cristo es el dinero de la redención, y por ello todo el que está bajo su protección está salvo para siempre del juicio. Esto quedó prefigurado en el caso de Israel en Egipto. Cuando Dios estaba a punto de azotar la tierra de Egipto, de pasar a través de ella como Juez, suscitando por ello la cuestión del pecado, Su propio pueblo —Israel— era tan merecedor del golpe del destructor como los egipcios. ¿Cómo, pues, podía ser Israel pasado por alto con la misma justicia con la que Egipto era justamente juzgado? En uno de Sus mensajes a Faraón, Él dice: «Y Yo pondré redención entre mi pueblo y el tuyo» (Éx 8:23); y esto fue hecho de una manera notable cuando, por orden de Jehová, «Moisés convocó a todos los ancianos de Israel, y les dijo: Sacad y tomaos corderos por vuestras familias, y sacrificad la pascua. Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana. Porque Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir» (Éx 12:21-23). Así, el Señor redimió a Su pueblo mediante la sangre —figura de la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1:29). Pero observemos esta importante distinción: el mandamiento fue dado a todos que rociaran la sangre —la provisión, por ello, era para todos; pero si el pueblo no llevaba a cabo en obediencia las instrucciones recibidas, no

quedarían protegidos. Así que ahora la sangre de Cristo es suficiente para refugiar a todo el mundo; pero a no ser que haya fe, de nada servirá. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel [y sólo aquel] que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn 3:16). «A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre» (Ro 3:25).

(2) La primera parte de la redención, entonces, fue el pago de la redención; y esto, como hemos visto, fue hecho mediante la sangre de Cristo. Pero Israel no estaba redimido —aunque perfectamente a salvo bajo la protección de la sangre— mientras estuviera en Egipto. Por ello, la segunda parte, o consumación de la redención, fue llevada a cabo cuando Dios, con mano alzada y brazo extendido, los sacó de la tierra de Egipto a través del Mar Rojo, destruyendo a Faraón y a toda su hueste en sus poderosas aguas. Sobre la base de la sangre derramada, Dios, habiendo quedado satisfecho como Juez, puede ahora actuar en favor de Su pueblo como Libertador; y por ello los saca de Egipto con poder. Entonces pudieron cantar, pero no mientras estaban en Egipto: «Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación. ... Condujiste con misericordia a este pueblo que redimiste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada» (Éx 15:1-13). Son ahora, y desde ahora, un pueblo redimido.

Así sucede con los creyentes ahora: no se puede decir que son redimidos hasta que sepan no sólo que están resguardados por la sangre, sino también que han sido sacados limpiamente del territorio enemigo mediante la muerte y el juicio, por la muerte y resurrección de Cristo. En el caso de Israel, por cuanto fue un acontecimiento histórico, el rociamiento de la sangre y el paso del Mar Rojo fueron necesariamente dos etapas sucesivas. Pero ahora se ha llevado a cabo la obra, en la muerte y resurrección de Jesucristo, que se corresponde con ambas; y aunque en realidad las dos partes —el refugio de la sangre y la liberación— son a menudo sucesivas en nuestro conocimiento, no hay sin embargo razón alguna por la que no se pueda recibir y gozar en el acto de la plenitud de la redención. Y así sería mucho más frecuentemente, si se proclamara más comúnmente un evangelio pleno; mientras que pocas veces se va más allá del perdón de los pecados, y por ello las almas quedan desconocedoras de la salvación que Dios ha obrado para ellas en Cristo.

Pero será oportuno explicar con una mayor extensión cómo nuestra liberación tiene lugar en Cristo. Es por ello de la mayor importancia que sepamos que en la muerte de Cristo no sólo que Dios ha tratado con la cuestión de nuestros pecados —nuestra culpa— sino que también ha tratado con el pecado —nuestra mala naturaleza. «Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne». Así que Él ya ha juzgado el pecado, raíz y rama; y por ello Cristo se enfrentó con todo el poder de Satanás, quebrantándolo en Su muerte (así como Dios quebrantó todo el poder de Egipto —figura del poder de Satanás— en el Mar Rojo). La consecuencia de ello es que, creyendo en Cristo,

soy llevado a través de Su muerte fuera de la vieja condición en la que me encontraba (fuera de Egipto), y por Su resurrección soy introducido en un nuevo lugar —un lugar (en Cristo Jesús) no sólo donde no hay condenación, sino donde la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte (Ro 8:1, 2). Consiguientemente, Dios puede decir ahora a los creyentes: «Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros» (Ro 8:9). Por ello, nuestra redención es completa; Dios ha actuado por nosotros —habiendo quedado todas Sus demandas afrontadas y satisfechas por la sangre de Cristo— y nos ha sacado de nuestra vieja condición trayéndonos a Sí mismo. «Nos ha llevado con Su poder a Su santa morada». Ya hemos pasado de muerte a vida, habiendo quedado para siempre detrás de nosotros la muerte y el juicio. Ya no estamos en la carne, contemplados como hijos de Adán, sino que, habiendo muerto con Cristo, queda roto cada lazo que nos ataba a aquel estado, y estamos ahora en Cristo, y en Cristo donde Él está, y consiguientemente un pueblo redimido. Ahora sabemos que todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios, a los que son llamados conforme a Su propósito, y teniendo entonces la seguridad de que, según este propósito, debemos ser conformados a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos; sabiendo también que a los que Él predestinó, a ellos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó, podemos hacernos eco del triunfante lenguaje del Apóstol: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» Sí, podemos reposar en la plena persuasión de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada, nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro 8:28-39).

(3) Pero se debe observar una cosa. En tanto que estamos redimidos —en cuanto a nuestras almas de una manera total— tenemos que esperar a la consumación de nuestra redención en cuanto al cuerpo. Sacados de Egipto, y habiendo pasado a través del Mar Rojo, plenamente liberados, y habiendo recibido el Espíritu Santo como las arras de nuestra herencia, esperamos la adopción —la redención de nuestro cuerpo. Porque en verdad seguimos estando en el desierto, y por medio de nuestros cuerpos, atados a una creación gimiendo; y por ello nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos también en nosotros mismos, esperando el tiempo en que nuestros cuerpos serán redimidos (Ro 8:23).

«Nuestros vasos terrenos quiébranse,
Y el mundo mismo envejece;
Mas Cristo nuestro valioso polvo tomará,
Y nueva forma le ha de dar.

Él dará a esos cuerpos viles
Una forma cual la suya,
Dará sonrisa a la creación entera,
Y sus gemidos acallará».

«Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra» (Fil 3:20, 21), y entonces veremos lo gloriosamente completa que es la redención que Él ha obrado para Su pueblo, tan completa que nada quedará en manos del enemigo, sino que el espíritu, el alma y el cuerpo a una quedan rescatados y hechos suyos.

Entonces, al contemplar esta obra en toda su extensión, podemos ciertamente reconocer con corazones gozosos que Cristo es nuestro Redentor. Y nunca deberíamos olvidar a qué precio nos ha redimido para Dios. Estamos acostumbrados a decir: con Su sangre. Pero cuán poco comprendemos del alcance de las palabras; cuán poco entramos en el maravilloso hecho de que Él se dio a Sí mismo para morir, yendo bajo toda la ira que nos era debida, fue hecho pecado por nosotros, para que pudiéramos venir a ser justicia de Dios en Él. De cierto que mientras meditamos acerca de esto, evocará de nuestros corazones el más constante clamor de adoración: «Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén» (Ap 1:5, 6).(5)

¿Cuáles son, pues, nuestras responsabilidades como pueblo redimido? La primera y principal, el reconocimiento de que pertenecemos a Aquel que nos ha redimido. Esta verdad es constantemente expuesta incluso en las Escrituras del Antiguo Testamento: «Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú» (Is 43:1). Es por ello que el apóstol, como observaremos más a fondo en el capítulo siguiente, se autodesigna tan frecuentemente el esclavo (doulos) de Jesucristo. Porque por cuanto el Señor ha pagado, en Su maravillosa gracia y amor, nuestro dinero de rescate, ha adquirido plenos derechos y título a todo lo que somos y tenemos. Desde entonces somos propiedad Suya. Pero esto involucra un doble aspecto: privilegio y responsabilidad. Tenemos el privilegio de pertenecer a Cristo, de ser Suyos, de estar ligados a Él por especiales vínculos (porque Él amó a la Iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella), y por ello de ser los especiales objetos de Su cuidado, ternura y amor. Ahora decimos: «Mi amado es mío, y yo suya»; más aún, «Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento» (Cnt 2:16; 7:10). ¡Y cuán dulce y

bendito el pensamiento de que Él ha adquirido, por un título que nadie puede jamás poner en tela de juicio, la posesión de nosotros! ¡Qué reposo para el alma recordar que somos de Él! En el dolor, en la turbación o en el duelo —en las silenciosas vigili­as de la noche— ¡qué solaz indecible poder levantar nuestros ojos a Él, y poderle decir: Tú nos has redimido, y tuyos somos, tuyos para siempre!

Pero el privilegio involucra la responsabilidad de mostrar prácticamente en nuestro caminar y conversación que somos de Él, de vivir no para nosotros, sino para Aquel que murió por nosotros, y resucitó (2 Co 5:15). Porque por nuestra redención somos separados de todos los pueblos de la tierra, y por tanto debemos distinguirnos por el testimonio de nuestras vidas que pertenecemos a nuestro Redentor. Debemos cada uno de nosotros, como delante del Señor, preguntarnos: ¿hasta qué punto es cierto en mi caso? ¿Estamos nosotros separados, como pueblo redimido, de los que están a nuestro alrededor, como lo estaba Israel, por ejemplo, de las tribus que los rodeaban cuando pasaba a través del desierto? Ciertamente es que en el caso de ellos, hasta esto, se trataba de una separación externa; pero es cosa cierta que esto estaba dispuesto como tipo y figura de una separación más real que la de ellos, más real por cuanto el carácter de nuestra redención es tanto más profundo. Sin embargo, la cuestión es, ¿estamos confesando a diario, con nuestro corazón, vida y labios, que pertenecemos a Cristo?

Y esta cuestión nos lleva a una especial responsabilidad en relación con nuestra redención, como la enuncia el apóstol Pablo. Él les dice a los corintios: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? ... glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo»(6) (1 Co 6:19, 20). Por ello, el Señor demanda nuestros cuerpos, por cuanto nos ha comprado por precio; y es por ello que querría tener nuestros cuerpos como órganos para la expresión de Sí mismo en esta escena. Así, después de la plena declaración de la redención en la Epístola a los Romanos, el apóstol dice: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Ro 12:1). ¡Qué honor que así se nos hace, que tome Él estos cuerpos nuestros, que eran antes instrumentos de Satanás, y que haga de ellos los medios de exhibirse Él mismo, para que Dios sea glorificado! ¡Ah, que poco que sabía Satanás lo que estaba haciendo cuando apremió a los judíos a que dieran muerte a Cristo! Consiguió hacerlo desaparecer de la escena, pero, ¿cuál ha sido la consecuencia? Que hay miles de seguidores de Cristo cuya única misión es que reflejen Su semejanza, que lleven en sus cuerpos la muerte del Señor Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en sus cuerpos (2 Co 4:10). ¿Cuán lejos estamos de cumplir con nuestra responsabilidad a este respecto? Todos lo reconoceremos; y si lo reconocemos, y al mismo tiempo tenemos que reconocer nuestro fracaso en responder a ello, podemos, y ciertamente lo haremos, echarnos sobre Él para la gracia y fuerza para presentarnos enteramente a Dios como vivos

de entre los muertos, y nuestros miembros a Dios como miembros de justicia (Ro 6:13).

San Pablo enseña también que habiendo sido redimidos deberíamos desconocer y rechazar toda autoridad que entre en conflicto con la de Cristo. «Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres» (1 Co 7:23). Difícilmente será necesario decir que esto no significa que no debamos tener amos en este mundo. Por otra parte, Él, por el Espíritu, ha dado instrucciones especiales a los que están así puestos. Pero lo que aquí afirma es la supremacía de la autoridad de Cristo, y que nosotros, por cuanto Él nos ha comprado por precio, le pertenecemos, sea cual sea nuestra situación. «El que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es del Señor; asimismo el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo. Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres» (1 Co 7:22, 23). De la misma manera, apremiando la misma verdad, recuerda en otra epístola a los siervos que «a Cristo el Señor servís» (Col 3:24). Así, sea cual fuere nuestra posición en este mundo, por muy sujeta que pueda ser, nunca debemos olvidar que pertenecemos a Cristo, que Él nos ha comprado con Su sangre; y de ahí que nuestro ojo siempre debe estar sobre Él, porque Él es nuestro Señor, y es a Él a quien servimos.

Otra Escritura nos indicará una responsabilidad adicional. «Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tit 2:14). Ya hemos visto que el Señor nos ha adquirido por redención, y este pensamiento está también expresado en las palabras «purificar para sí un pueblo propio», pero aquí se añaden dos cosas que Él desea que caractericen al pueblo que Él ha redimido. Su objeto era redimirnos de toda iniquidad, tanto de su poder (véase Ro 6:14) como de su práctica, y que fuéramos celosos de buenas obras. Como redimidos, por tanto, deberíamos ser conocidos por nuestra separación del mal, y por nuestra separación para Cristo, señalados como pueblo peculiar—un pueblo peculiar y propio de Él, y conocido por el celo por las buenas obras.

Es bueno que nos juzguemos frecuentemente por esta Escritura, para que podamos detectar nuestros fracasos y descubrir hasta dónde estamos respondiendo a la mente de Cristo acerca de nosotros —Su objetivo en nuestra redención. Y especialmente que podamos aplicar la frase «celosos de buenas obras». Porque mientras que no hay un mayor peligro en el tiempo presente que una actividad excesiva, en la que el alma pierde con frecuencia toda comunión, y por ello mismo todo poder, nunca debería haber descuido acerca de las obras que son conforme a la mente de Dios. En verdad, somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, que Dios preparó de antemano, para que en ellas anduviéramos (Ef 2:10). Por ello, somos responsables para ser celosos de tales buenas obras.

Si nos volvemos a 1 Pedro, encontraremos otro carácter de responsabilidad en relación con nuestra redención. «Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1 P 1:17, 18). San Pedro nos pone así en presencia de Dios Padre, y nos pone allí como peregrinos, para que pasemos el tiempo de nuestra peregrinación en temor, aquel santo temor que surge de Su santidad, según la que nuestras obras son ya ahora juzgadas. Él quisiera tenernos como peregrinos que han sido sacados de Egipto, en nuestro paso por el desierto, para mantener la santidad, para ser santos, por cuanto Dios es santo (v. 16). Porque es para Dios que hemos sido redimidos; y por ello Él demanda que seamos como es digno de Él, de Su carácter, en nuestro caminar y en nuestra forma de vivir. ¡Cuán vigilantes, pues, deberíamos ser, para mantenernos apartados del mal, para caminar como es digno de la vocación con que hemos sido llamados, teniendo delante de nuestros ojos el temor de Dios, sabiendo que Él marca todos nuestros caminos, y que sin santidad nadie verá al Señor (He 12:14).

Finalmente, somos siempre invitados a mirar adelante al día de la redención. Así, se nos dice que el Espíritu que mora en nosotros es «las arras de nuestra herencia, hasta la redención de la posesión adquirida» (Ef 1:14); y otra vez, que no debemos contristar «al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Ef 4:30). Es entonces que se entrará en los plenos frutos de la redención, y que se gozará de ellos, cuando el Señor tomará posesión en poder de todo lo que ha sido comprado por Su preciosa sangre. Ya hemos tratado de esto en cuanto al cuerpo. Pero hay más que esto. Tenemos al Espíritu como las arras «de nuestra futura plena participación en la herencia que pertenece a Cristo, por la que Él ha comprado todas las cosas para Sí mismo, pero de las que Él sólo se apropiará con Su poder cuando haya reunido a todos los coherederos para que gocen de ellas con Él». Es a esto que esperamos —no sólo la venida de Cristo, la resurrección de nuestros cuerpos, y nuestra glorificación juntamente con Él, sino aquel tiempo en el que, como coherederos con Él mismo, entraremos con Él en la posesión de toda aquella escena de dominio, bienaventuranza y gloria que Él ha adquirido mediante Su muerte —Su obra de redención—, siendo todo ello comprado por Su preciosa sangre. ¡No podemos asombrarnos de que esta consumación sea para alabanza de la gloria de Dios! Nuestra presente aceptación en el Amado es para la alabanza de la gloria de Su gracia; nuestra parte con Cristo en Su herencia será para alabanza de Su gloria. Pronto entraremos en esta escena de bienaventuranza y exaltación, por la gracia de nuestro Dios. Porque somos herederos por cuanto somos hijos, herederos de Dios, y coherederos con Cristo; y Él está esperando aquel momento en que podrá cumplir el deseo de Su corazón al tenernos consigo mismo, en conformidad a Su propia oración: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me

has amado desde antes de la fundación del mundo» (Jn 17:24). ¡Quiera Él capacitarnos a caminar ahora como aquellos que están esperando la consumación de tal bienaventuranza!

Notas

5. No entramos aquí en el aspecto más amplio de la redención. Cristo también gustó la muerte por todos (He 2:9), y por ello mismo todas las cosas quedarán sujetas a Él (Ef 1:10; He 2:8). Se nos dice claramente que Él compró todo el campo (Mt. 13:44), y a todos los hombres (2 P 2:1). Volver al texto

6. No añado las palabras «y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios», por cuanto carecen de autoridad textual. De hecho, el peso mismo del argumento da evidencia de que son una interpolación injustificada. Volver al texto

Autor: E.D.

Información sobre la Revista Cristiana Notas Bíblicas.

1. Estimado lector y hermanos en Cristo siéntase en la plena libertad de compartir la revista y utilizar los textos como el Señor le presente el deseo de su corazón, si utiliza estos textos para su difusión o reimpresión les regamos que no sean editados en su contenido en ninguna forma (solo a excepción de tener errores de edición) además de contar con la previa aprobación de la Editorial Cristiana Notas Bíblicas o la fuente original del texto, todo esto llevara a una conducta cristiana genuina, para la honra del Señor y el servicio a Él.
2. Todos los escritos que se encuentran publicados en la revista carecen totalmente de derechos de autor por la editorial Cristiana Notas Bíblicas y donde posean derechos de autor, será indicado al pie de página (página del texto).
3. Los escritos publicados en la revista se encuentran aprobados previamente desde donde fueron extraídos y serán indicados al pie de página (página actual).
4. Los autores de los textos son nombrados por sus iniciales al final del cuerpo de escritos, pero serán presentados en su totalidad al pie de página (página actual).

Descripción completa de los escritos con su autor y fuente del texto.

Génesis - Autor: Leslie N. Grant, (Extraído de www.biblecentre.org)

El Señor Jesucristo - Autor: Michael Hardt, (Extraído de www.biblecentre.org)

¿Qué sucedió en la cruz cuando Dios abandonó a Jesús, tal como Él dijo? -
Autor: William Kelly (Extraído de www.graciayverdad.net)

Vivir para si mismo o para Cristo - Autor: Anónimo, (Extraído de www.creced.ch)

“Viene con las nubes, y todo ojo le verá” -
Autor: William Kelly, (Extradido de www.lecturasbiblicas.org)

Riquezas inescrutables - Autor: Edward Dennett, (Extraído de www.sedin.org)

Estimado lector, la publicación de esta revista se sustenta con la oración y el servicio al Señor, es por esta razón que se solicita sus oraciones a Dios, para que esta labor pueda seguir su curso, mientras esperamos el Señor desde los cielos.

Revista Cristiana



NotasBíblicas

Lecturas de Literatura y Edificación Cristiana

Para toda información acerca de la revista dirigirse a:

Adriano Felipe Contreras (Editor)
Comuna de Coronel
Región del Bio-Bio
Chile

Email: contacto@notasbiblicas.cl

www.notasbiblicas.cl

Editorial Cristiana Notas Bíblicas